

Izquierda y política en el horizonte internacional

Entrevista a Ugo Pipitone*

ANTONELLA ATTILI

UAM-I

Si el derrumbe de la bipolaridad selló el cierre de la política que caracterizó la segunda mitad del siglo XX, el atentado del 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo marcan el impactante comienzo del siglo XXI y obligan a sondear las perspectivas que se abren para la política internacional.

Antonella Attili. A manera de cuadro general inicial, ¿cuál es tu percepción de la situación actual de la política internacional?

Ugo Pipitone. En las últimas décadas del siglo XX ocurren hechos que cambian el escenario de las fuerzas en campo y el equilibrio de las ideas. Hubo una modificación profunda que se manifiesta sobre todo como desconcierto ante el fin de un ciclo. En la izquierda concluye la trayectoria del comunismo que suponía la toma por asalto del capitalismo y la construcción de una nueva sociedad. Después de varias traumáticas lecciones aprendimos que no era así, pero alrededor de esa cultura se reunieron decenas de millones de seres humanos. Y de ahí, esa sensación de derrota del futuro imaginado. Más o menos como las poblaciones mesoamericanas traicionadas por sus dioses frente a los conquistadores venidos del mar. Los dioses que daban sentido a lo cotidiano, traicionaron a una izquierda que, en sus franjas más ingenuas, creía que el post-capitalismo estaba a la vuelta de la esquina.

Pero el tiempo para las lamentaciones debería haberse cerrado hace rato para dar paso a una doble reflexión: ¿qué futuro mejor es lícito imaginar desde el presente? ¿Qué papel tendrá la izquierda en hacerlo posible? Hemos entrado en una fase en que, después del desconcierto, la izquierda está obligada a redefinir el futuro y su nueva personalidad en él. Y esa adaptación a los tiempos, que es construcción de ideas y experiencias, es aún lenta, contradictoria.

* El profesor Ugo Pipitone es investigador de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

Mientras tanto, los escenarios globales asumen perfiles inéditos. En el momento en que Occidente gana la batalla contra el comunismo, Estados Unidos ya no es el poder hegemónico que fue a lo largo de gran parte del siglo XX; hay poderes económicos fuertes que intentan definir intereses estratégicos a largo plazo y están ubicados sobre todo en la Unión Europea, por un lado, y, por otro, en el Oriente asiático. Estas tres regiones: América del Norte, Asia oriental y Europa occidental, se han convertido en tres actores poderosos del escenario internacional. Minusvaluar estos elementos de pluralidad con la idea del monopolarismo me parece una simplificación que pierde un elemento importante de nuestra realidad contemporánea.

¿Cómo cambia el escenario después del 11 de septiembre? Hasta ahora, cuando imaginábamos lo peor pensábamos en una vieja película, *Blade Runner*: contaminación, promiscuidad, pérdida de todas las culturas, debilidad de las estructuras del Estado, vecindad molesta, espectacularización de la vida social y mucha estupidez electrónica. Después del 11 de septiembre se amplía la frontera de lo peor posible: *Blade Runner* con suicidas místicos, terroristas que han perdido el contacto con la realidad y, convertidos en sacerdotes de alguna verdad eterna, intentan transformar el mundo al costo que sea. Radicalización mística (con anestesia moral frente a los costos humanos) de una razón exclusiva.

El 11 de septiembre amplía la frontera de lo peor que es hoy posible.

A.A. *¿Qué está en juego en este escenario de la política internacional?*

U.P. Está en juego nuestro futuro y de ahí nace la necesidad de abrir las puertas a cambios profundos en las relaciones entre desarrollo y subdesarrollo; a formas nuevas de solidaridad y a una reflexión crítica tanto sobre la actual arquitectura institucional del mundo como sobre las líneas de tendencia propias de las sociedades más avanzadas. Pongo un ejemplo. En el centro de la relación entre desarrollo y subdesarrollo está el FMI y si la experiencia no hubiera sido suficiente, la lectura del reciente libro de Joseph Stiglitz indica claramente que en el puesto de mando de las finanzas internacionales está alguien que tiene sólo cuatro defectos: es un fervido creyente de verdades no demostradas; en cada situación de crisis favorece sistemáticamente los intereses de los acreedores occidentales; impone al subdesarrollo cargas que profundizan sus dificultades y crea condiciones de inestabilidad global de la economía otorgando garantías indirectas a la especulación financiera.

Necesitamos discutir estos y otros temas para comenzar a imaginar alguna clase de futuro deseable que guíe nuestros comportamientos desde el presente. Y en el momento en que necesitábamos re-pensar nuestro presente a la luz de los cambios que nos proyectan hacia un futuro en gran parte desconocido, el terrorismo viene a introducir en el debate elementos dramáticos de simplificación ideológica. El terrorismo islámico intenta subsanar la conciencia de las derrotas culturales y materiales de una antigua cultura con un salto hacia adelante en términos éticos. Una resistencia al tiempo mundial en nombre de la virtud imaginada de un tiempo exclusivo y encapsulado en el pasado. Estamos en un momento de la historia humana en que necesitamos toda nuestra inteligencia para hacer frente a incógnitas de magnitud global y, aun así, no está dicho que sea suficiente para hacer frente a los retos que nos esperan. El terrorismo nos retrotrae a certezas maniqueas que estrechan dramáticamente nuestra capacidad para interactuar con el presente en formas inteligentes y creativas.

En este planeta hay 3.000 millones de seres humanos que viven con menos de 20 pe-

sos al día y es difícil pedir a las víctimas de esa gigantesca fractura mundial que tengan buen humor y la paciencia hacia los tiempos de los mercados o los tiempos de la democracia. La desesperanza no va junto con la paciencia ni con el aprecio hacia las reglas de la democracia. Cualquier fantasma renacido del pasado que ofrezca dignidad a los desesperados, puede convertirse en un factor de inestabilidad global. Hace falta comenzar el proceso de cicatrización de las muchas heridas que recorren el planeta, todas ellas agravadas por la miseria. Y en eso se entretendrán, quiéranlo o no, nuestros nietos.

Con el 11 de septiembre se quiso aterrar al mundo; crear las condiciones de pánico, de in-inteligencia colectiva, en las cuales las grandes promesas mesiánicas pudieran tener un poder de arrastre que en condiciones normales no tienen. Y ese llamado a un espíritu de ciudadela occidental sitiada por enemigos diabólicos es precisamente aquello que deberíamos evitar. No entender (y no ayudar) al otro, en un mundo de mayores interdependencias, se ha vuelto el mejor camino al desastre global. Tenemos problemas ecológicos, problemas sociales, problemas económicos que pueden estallar y crear crisis epocales; y no en uno u otro país sino en el planeta. Perder tiempo ahora es un lujo que no deberíamos permitirnos.

A.A. Casi como en una crónica de un drama anunciado, la amenaza terrorista había sido advertida y se estaba dirigiendo una lucha secreta, pero fallaron estrategias de defensa, de inteligencia, de previsión. Más allá de los datos circunstanciales, ¿dirías que ello se debió a límites objetivos que no permitían una exitosa actuación anticipadora o a la sobrada confianza de las potencias? ¿O las razones están en los pliegues de una inadecuada visión de la política internacional?

U.P. Ha habido un salto de calidad terrorista, que ha tomado a todo mundo por sorpresa. Una cosa era el terrorista que se cubría de bombas y se hacía estallar en un supermercado de Jerusalén, para llevarse consigo el mayor número posible de «enemigos». No digo que eso fuera del todo comprensible humanamente, pero si uno nace, crece y se vuelve adulto en la miseria y el miedo de los campamentos de prófugos, iniciar a la vida resulta «comprensible». Pero esos jóvenes que se inmolaron en las torres, llevándose consigo miles de seres humanos, eran ingenieros, hablaban varios idiomas, viajaban de una parte a otra del planeta; procedían de familias acomodadas. Era menos fácilmente comprensible que alguien llegado a cierto nivel de vida se autoinmolara por una causa religiosa o patriótica. Un cambio de base social terrorista que ocurre con un cambio de escala en los costos humanos del terrorismo.

Miles de muertos en un solo acto y sin recurrir a aparatos técnicos sofisticadísimos, sino usando las fallas normales de un sistema de vigilancia que, antes del 11 de septiembre, no se consideraba necesario que fuera tan minucioso. Quien más, quien menos, a todos nos tomó por sorpresa. Es obvio que hubo fallas de inteligencia. Me imagino que se subsanarán, aunque no quisiera que se sobre-subsanaran, en el sentido de que los sistemas de seguridad terminarán por tener un efecto de restricción del espacio de libertad en una sociedad democrática. Pero, de todos modos, la seguridad tendrá que ocupar un espacio mayor en nuestra vida colectiva futura. El terrorismo cumple su cometido y empuja a la democracia a serlo menos.

Hay otro elemento que quizá valga la pena señalar y es que la labor de inteligencia se vuelve infinitamente más compleja cuando los flujos migratorios de nuestro tiempo

aceleran en proporciones imprevistas el cosmopolitismo de las sociedades modernas; con la consecuencia inevitable de que el terrorismo puede ocultarse más fácilmente que en el pasado en esas grandes carreteras globales del movimiento de la población entre las fronteras. Ejercer un control sobre esa masa de millones de individuos, la gran mayoría de los cuales emigran por razones de trabajo, de empleo, es una tarea ingente. Y aquí también el terrorismo nos hará retroceder, con mayor vigilancia fronteriza y los corolarios inevitables de arbitrariedad, obtusidad burocrática, suspicacia, etcétera. Exactamente aquello que menos necesitábamos. El efecto perverso es más que obvio: los ultraconservadores islámicos refuerzan razones (y popularidad) de los conservadores occidentales. ¿Era eso lo que necesitábamos?

Derrotar al terrorismo es esencial. Y no sólo en nombre de la democracia, sino, sobre todo, de una democracia perfecta. Venga de donde venga, el terrorismo histeriza y santifica los sentidos tradicionales de identidad y obstaculiza el contacto con el otro, quienquiera que sea. Todo se vuelve más complejo de lo que ya era. El terrorismo echa arena en los mecanismos ya frágiles de comunicación y convivencia entre culturas distintas: un proceso tan complejo como esencial. En los países huéspedes se crean nuevas desconfianzas y del lado de las minorías étnicas nuevas formas de resistencia a la integración. ¡Justo lo que necesitábamos!

A.A. Junto con esta amplia pérdida de control, el nuevo terrorismo introduce una proyección suprapolítica: se niega la negociación política propia de la sociedad occidental y se afirma una visión ético-religiosa que levanta nuevos retos. ¿Cómo plantearías la cuestión?

U.P. El terrorismo global de estos días (que es cosa distinta respecto a las locuras homicidas de espectro más estrecho, como las FARC o la ETA) tiene una matriz islámica inocultable. Y eso debe abrir un área de reflexión (que comienza a abrirse) sobre ese mundo islámico que reproduce hoy aberraciones antiguas. El islam es una de las grandes culturas del mundo que desde hace siglos no encuentra el rumbo, digámoslo genéricamente, de una modernización interna. Hay momentos en los que algunos países parecerían encaminarse hacia ahí, pero son chispazos que finalmente se apagan. El escenario que vemos ahora es de mucha retórica islámica que convive con conflictos como Irán/Irak, Marruecos/Argelia, por sólo mencionar un par de casos. Un escenario dominado por regímenes teocráticos, carismáticos autoritarios y por regímenes laicos pademocráticos que intentan sobrevivir en un contexto que después del 11 de septiembre se hace más complicado. Más complicado porque el tema palestino sigue sin encontrar un rumbo de arreglo y porque los vientos de guerra que soplan desde Washington no ayudan. Como quiera que sea, tenemos aquí una de las grandes culturas del mundo que no encuentra un rumbo de modernización; una potencia congelada que ahora produce esquivas globales de iluminación político-religiosa.

Esta situación obliga al resto del mundo a favorecer las condiciones para que las sociedades islámicas desempeñen un papel que corresponda a su peso cultural objetivo en los procesos de la globalización. Lo que quiero decir es sencillo: el bloque (resistencia o dificultad) de una parte de la cultura islámica hacia formas modernas de desarrollo no es solamente un problema de las sociedades interesadas directamente. Es un problema para todos.

Pero hay otras consideraciones que deben hacerse. Hasta ahora hemos tenido una globalización de matriz anglosajona que produce modelos que pueden ser atractivos aunque encarnen pautas de consumismo casi patológico y produzcan formas de vida con un impacto ecológico cada vez menos sostenible. Por otra parte, las virtudes son obvias: libertad económica y libertad individual. Pero el modelo produce también monstruosidades. De ahí que necesitemos el aporte cultural islámico, necesitamos lo mejor del islam, como necesitamos lo mejor de la cultura china, no lo peor, no la tradición centralista autoritaria. De la misma manera como el mundo necesita a Italia, pero obviamente no necesita la mafia. ¿Cuál es la moraleja de ese cuento? Es que el mundo necesita la cultura islámica, pero no ésta.

A.A. El problema parecería estar, en el fondo, en la fuerte oposición cultural-religiosa del fundamentalismo islámico a la sociedad global que se identifica con la vida occidental, el «demonio» al que está combatiendo, ¿Cuáles son las líneas generales sobre las que se puede encaminar teórica y prácticamente este esfuerzo de fomentar la compatibilidad entre el mundo moderno y el islam?

U.P. Es un tema de varias aristas y yo no soy ningún experto en él. Pero, en el centro está la economía. Creo que hay que sondear espacios nuevos de cooperación internacional, tanto a escala regional como global. Me resultaría difícil imaginar que el proceso de integración europea fuera exitoso en el futuro si estuviera rodeado de inestabilidad social (con adorno del terrorismo), aguda conflictualidad y fragilidad institucional en los países que van desde los Balcanes, hacia el Medio Oriente y el norte de África. En un escenario de esta naturaleza tendríamos oleadas migratorias monstruosas y difícilmente controlables. La muralla china no tuvo el éxito que sus constructores esperaban de ella; construir una muralla sobre el Mediterráneo sería un poco más complicado, además que expresaría una intolerable voluntad de aislamiento del mundo. De todos modos, cuando millones de seres humanos se ponen en marcha para escapar de la muerte y del hambre, ¿quién puede detenerlos? ¿Quién tiene el derecho de hacerlo? ¿Sería imaginable una Europa sólida, democrática y proyectada al mundo en ese contexto? Y algo similar podría ocurrir en América del norte y en Asia oriental. No estoy diciendo que ese escenario apocalíptico sea inevitable, sino que es posible y que, si todo marcha como está marchando hasta ahora, me atrevería a decir que es hasta probable.

Estamos condenados a construir formas de solidaridad regional de nuevo tipo. Europa está obligada a reformar sus relaciones con el Medio Oriente y con el norte de África y obviamente sus relaciones con los Balcanes, pero de la misma manera Estados Unidos, Canadá y México están obligados a repensar sus relaciones recíprocas en América del norte. ¿Sería viable una América del norte cada vez más integrada y equilibrada, con un México dominado por líderes carismáticos que cabalgaran el tigre de la ira social? ¿Con quién negociaría Estados Unidos? ¿Con los Pancho Villa del futuro? Claro que estoy caricaturizando, pero entendámonos: éste es un país que necesita desarrollarse, que se encuentra en una fase crítica de su historia, al final de un ciclo político y al comienzo de uno nuevo. En fin, una transición que abre importantes perspectivas de desarrollo pero, inevitablemente, alimenta también posibilidades de conflicto social agudo. De cualquier manera, con el TLC, desde 1994, los problemas de México han dejado de ser exclusivamente mexicanos.

Razonamientos similares habría que hacerlos también en el caso de Asia oriental: si China no siguiera creciendo al ritmo de los últimos años, ¿qué haría con las decenas de millones de desempleados que podrían generarse de una situación de debilitamiento dinámico de su economía? China volvería a su ciclo histórico de momentos de prosperidad asociados a la centralización del poder y momentos de dispersión de energía, de conflictos sociales con graves retrocesos civiles y, naturalmente, altos costos humanos. Un escenario de señores de la guerra afganos proyectado en las dimensiones chinas. Que eso no ocurra es obviamente interés estratégico de países como Japón, Corea, Malasia, Tailandia, Indonesia, Filipinas, etcétera. ¿Quién controlaría la explosión migratoria china en un contexto de débil crecimiento e inestabilidad política?

Eso nos conduce a una conclusión obvia: la globalización nos indica con claras letras la necesidad de asumir como problemas globales, problemas que hasta ayer eran nacionales y que están dejando de serlo. Otro ejemplo: si Berlusconi se convirtiera en Berlusconi I y después siguiera un Berlusconi II y un Berlusconi III, comenzando una dinastía de magnates al poder en Italia, ése no sería un problema italiano sino un problema mundial; sobre todo sería un dramático problema europeo.

A.A. El momento actual parece obligar a pensar la política a nivel internacional en sus elementos de interrelación compleja, en contra de la simplificación de la política por parte del fenómeno terrorista. ¿Cómo fomentar este buen deseo? ¿Vinculándolo con elementos de política real de alianzas, de bloques, con la constitución de una estructura mundial supraestatal? ¿Cómo la O.N.U. o de otro tipo?

U.P. La necesidad de rediseñar la arquitectura de las instituciones internacionales es uno de los grandes problemas que nos esperan en un futuro que esperamos no sea lejano. Han ocurrido cosas muy importantes en el último medio siglo, cosas que no estaban frente a los ojos de quienes diseñaron las piezas centrales de la arquitectura global, dentro de la cual hemos vivido hasta ahora. Suponer que esa añeja arquitectura político-económica pueda dar cuenta de los nuevos retos del presente es aventurado. Si bien las instituciones de Bretton Woods mostraron en el transcurso de los años alguna capacidad de adaptación al cambio, estamos entrando en una situación en la que es cada vez más evidente que aquella vieja arquitectura tiene serias dificultades de adaptación ulterior. Las rigideces son obvias. Un FMI convertido en sacerdote supremo de los mercados y que obliga a los países en desarrollo a políticas restrictivas como si desde ahí el desarrollo fuera inevitable, constituye un obstáculo que debe ser removido o rediseñado desde sus cimientos. Una OMC que, en nombre del comercio global, olvida las necesidades y posibilidades específicas de cada país y que tiende sistemáticamente a desatender las consecuencias ecológicas adversas de sus decisiones, es otro serio problema. Dicho en síntesis, los instrumentos creados hace medio siglo para lidiar con los problemas del desarrollo y la estabilidad mundiales, se han vuelto en gran medida factores de inestabilidad global.

El gran hecho nuevo es la regionalización de la economía mundial, que se ha acelerado en el transcurso de las últimas décadas. Tenemos tres grandes polos económicos mundiales: Asia oriental, Europa occidental y América del Norte, que conjuntamente representan más de cuatro quintas partes del Producto Interno Bruto mundial. La gran tarea institucional del porvenir es que esas tres regiones construyan estructuras de convi-

vencia de nuevo tipo, a nivel intrarregional. Creo que, si ese proceso avanza, podría activar procesos emulativos similares en el África subsahariana, quizás en Asia Central, quizás en América Latina, donde ya tenemos una clara indicación en ese sentido que es el MERCOSUR. Aunque, hay que reconocer, en las últimas fechas la prospectiva de integración se ha debilitado por una serie de razones que no discutiremos ahora.

Estos son los datos nuevos de la realidad. Estados Unidos ya no es la superpotencia mundial, es una gran potencia que convive con otros sujetos estratégicos que no tienen menos vigor y menores capacidades de crecimiento. En este escenario, hay que reconocer algo sencillo: el mundo se ha vuelto demasiado complejo para que Estados Unidos pueda regular desde Washington sus funciones fundamentales (de creación de riqueza y de estabilidad política democrática). El cuerpo mundial ha crecido tanto que hoy revela las limitaciones regulatorias del cerebro estadounidense. La centralidad estratégica de Estados Unidos en el mundo está dejando de ser un factor de estabilidad global. Además de las nuevas políticas que se requieren, el gran problema de la nueva arquitectura global es que la tricefalia real del mundo cree nuevas condiciones de desarrollo y de estabilidad globales. Sin considerar que el poder casi absoluto que EE.UU. ejerce sobre el FMI se ha vuelto un factor de inseguridad global: un arreglo del pasado que persiste en condiciones que han cambiado substantivamente.

A.A. El horizonte de los conflictos políticos extremos puede ser, eventualmente ha sido, ocasión para dar saltos cualitativos inesperados en materia de política internacional y nacional. La actual percepción de la amenaza de seguridad podría promover nuevas políticas internacionales. ¿No lo crees? ¿Qué riesgos puede implicar el pensar la política internacional desde la amenaza terrorista?

U.P. Después del 11 de septiembre es evidente, o debería serlo, que cualquier situación de miseria crónica en cualquier parte del mundo, si se embona con algún mensaje mesiánico o utópico, puede convertirse en un problema global. Ése es un aspecto imprevisto de la globalización. ¿Qué quiere decir «globalización»? Insertar en el circuito de la vida planetaria de manera más intensa a todos los países y eso supone transferir el nivel de responsabilidad, del plano nacional al plano global.

La mejor conciencia de que la periferia se está volviendo una parte sensible del cuerpo global, ése es un dato positivo del presente. El 11 de septiembre es el momento trágico en el que se hace patente la necesidad de nuevas formas de cooperación internacional. Esa fecha podría ser una frontera, esperemos que así sea, donde, para usar el lenguaje ético americano, el mal llegó a su cumbre y a partir de ahí se activó una reacción, no solamente en contra del terrorismo, sino en contra de las condiciones materiales que en distintas partes del mundo favorecen su expansión. Reconozcamos también que, hasta ahora, sin embargo, no ha sido exactamente así. Ni la conferencia sobre desarrollo de Monterrey ni el *summit* de Johannesburgo, parecerían indicar un serio cambio de ruta.

Europa superó la tragedia de la primera mitad del siglo XX (que le costó cincuenta millones de vidas) promoviendo un proceso que hoy va en el sentido de la construcción de la primera democracia postnacional del mundo. ¿Habría Europa seguido este camino de no haber pagado un tan alto precio en vidas humanas en la primera mitad del siglo XX? Probablemente no. El costo fue tan alto que finalmente los europeos entendie-

ron que el nacionalismo los llevaba a un callejón sin salida. Cabía la esperanza de que el 11 de septiembre fuera un momento similar para el mundo a fin de renovar objetivos e instrumentos. Hasta ahora no ha sido así. Y sin embargo, estamos obligados al cambio. Ni la inercial hegemonía estadounidense sobre el mundo, ni la actual ingeniería financiera global operan en el sentido de reducir los factores de inestabilidad sistémica.

Los problemas que se nos vienen encima son verdaderamente dramáticos: como ya dijimos, tenemos 3.000 millones de seres humanos que viven con menos de 20 pesos al día. Ahora bien, ¿cuál es el futuro mejor que podemos esperar para esa gente? Que el desarrollo finalmente llegue a ellos, que enteras economías en desarrollo comiencen a crecer con tasas sostenidas de largo plazo. Ahora bien, si esto ocurriera en un número relativamente extendido de países, las consecuencias ecológicas podrían ser globalmente desastrosas. Si Zambia, Nigeria, Mauritania, Bolivia o la India llegaran a tener el consumo energético similar al de Corea del Sur, el impacto ecológico en el mundo podría acercarnos a un punto de no retorno. Por otra parte, si no tuviéramos desarrollo sostenido en los países «en desarrollo», el riesgo sería que los «Bin Laden» comenzarían a crecer como hongos en distintas partes del planeta. Dicho de otra forma: si en las próximas décadas, en el contexto de una explosión demográfica que llevará la población mundial de 6 a 9 o 10 mil millones de habitantes, tuviéramos experiencias exitosas de crecimiento, las consecuencias ecológicas podrían ser graves. Y si eso no ocurriera, la sostenibilidad misma de la democracia en diversas partes del mundo estaría gravemente entredicho. Digámoslo brutalmente: estamos condenados a reinventar el desarrollo, a escala local y a escala global. *Hic Rodhus, hic salta*, se decía hace tiempo.

A.A. Desde la distancia, ¿cuál es tu postura ante la estrategia adoptada por el Gobierno norteamericano en reacción al terrorismo y ante las reacciones que se produjeron en Europa y Latinoamérica?

U.P. Comencemos con la intervención británico-estadounidense en Afganistán. Sinceramente no creo que hubiera alternativas. La guerra no le gusta a nadie, excluyendo a los locos y a los fabricantes de armas. Pero se trataba de detener una mano terrorista que amenazaba con multiplicar episodios de terrorismo global. El problema aquí era original y no había forma de operar a través de 007, desde una mecánica selectiva. Era necesario romper las bases del terrorismo, o sea, derrotar al régimen afgano que funcionaba como su santuario. Confieso que el escenario me resulta bastante menos claro cuando pasamos a la actual amenaza estadounidense sobre Iraq.

Suspendiendo la atención sobre el presente, hay un tema que me preocupa. He escuchado tanto en México como en Italia y en otras partes opiniones de izquierda que me asombran. El terrorismo no es un enemigo de Estados Unidos: el terrorismo es un enemigo del mundo. ¿Qué hace la izquierda respecto a eso? Algunos sectores, cuyos iconos de identidad van del Che a Ho Chi Min, denuncian la guerra en nombre de un pacifismo fingido. Tenemos aquí un pacifismo selectivo cuyo valor fundamental es el antiamericanismo. Hay aquí —tomémoslo por el lado bueno— una voluntad ética: «no a la guerra». Y no es fácil estar en desacuerdo. Y sin embargo, ¿cómo se derrota al terrorismo sin acciones de fuerza? Dar la otra mejilla a individuos con pulsiones homicidas será virtuoso para los santos, pero no se le puede pedir esa clase de virtud a países enteros. Estamos frente a un cáncer que debe ser extirpado, para hacer posible la bús-

queda de formas mejores de convivencia. La izquierda me da la impresión de que, a veces, pierde de vista las necesidades de la historia y ese pacifismo me parece un pacifismo de conveniencia.

En la segunda mitad del siglo XX, nos hemos educado en un ambiente de guerra fría en el que Estados Unidos era el enemigo y ahora a muchos les cuesta entender que las cosas han cambiado. La guerra fría ha terminado, la alternativa comunista se ha disuelto en el aire y Estados Unidos ya no es el enemigo de cuya derrota vendrá algo bueno para el resto del mundo. Y eso debe ser dicho, aunque se añada que EE.UU. es hoy la máxima expresión de un modelo de producción y de consumo con externalidades crecientemente negativas sobre el mundo y es la encarnación de estrategias globales claramente deficientes frente a una perspectiva de crecimiento y estabilidad globales.

Todo el escenario ha cambiado. Mis problemas como americano del norte son problemas nuevos, de cooperación con la economía de Estados Unidos. Son al mismo tiempo problemas de conflictos con Estados Unidos sobre temas migratorios y varios otros. Pero Estados Unidos no es «el enemigo». Para mí que vivo en América del Norte, es el socio-adversario que expresa un modelo de sociedad que la izquierda no puede ni debe hacer propio. Amplios sectores de la izquierda se demoran, sobre todo en México, en percibir los nuevos tiempos, los nuevos problemas; siguen razonando como si tuvieran los pies en el siglo XXI y la cabeza en algún momento de la guerra fría del siglo XX. Sin duda eso produce problemas, retardos culturales y políticos y la tentación recurrente de achacar al «vecino del norte» todos, o casi, mis problemas.

A.A. En este horizonte de necesidades de orden y de nuevos arreglos institucionales, ¿qué poder político estaría llamado a cumplir con estas tareas? ¿Qué estructuras y qué facultades deberán diseñarse para recurrir específicamente a la fuerza, la coacción? ¿Qué fundamentos necesitaría para ser reconocido como legítimo este tan deseado y necesitado poder global?

U.P. Hay varios temas que subyacen a esta pregunta. Comencemos con la posición de Estados Unidos en los sistemas de seguridad global; por desgracia, sospecho que tenemos que reconocer el persistente peso específico de este país. El dato histórico concreto es que poderío militar y hegemonía financiera son lo último que los imperios modernos pierden. Ésta, por lo menos, es la historia de Inglaterra a comienzos del siglo XX. La gran tarea es la de crear vínculos que, sin trabar la seguridad global, impidan a Estados Unidos excesivos márgenes de acción independiente. Ciertamente lo óptimo sería que existiera un gran organismo de seguridad mundial que pudiera intervenir donde fuera oportuno. Pero estamos lejos de imaginar cómo podría funcionar una ingeniería entre necesidades de eficacia y requerimientos democráticos.

Hay dos rumbos en los cuales quizás podríamos buscar una solución a los problemas de la seguridad global. Uno es, insisto, la regionalización de la responsabilidad; esto es, la responsabilidad compartida sobre bases regionales. Hemos tenido las experiencias de la OEA y de la Organización de la Unidad Africana, y ninguna de las dos ha dado gran prueba de sí misma. Pero es un camino que debe ser seguido y renovado. En Europa se habla desde hace tiempo de acelerar los tiempos para la formación de un ejército europeo, construido sobre todo en la lógica de un ejército de pronta intervención, con pocos miles de soldados altamente profesionalizados. Es un paso en la direc-

ción que creo correcta: se trata de evitar que Estados Unidos asuma sobre sus espaldas toda la responsabilidad de conservar la legalidad a escala internacional. Sobre todo porque Estados Unidos puede equivocarse, para decirlo suavemente, y confundir sus necesidades nacionales con las necesidades del mundo.

El otro gran tema viene representado por la ONU, que necesita una disponibilidad permanente de tropas y equipos para intervenir en las zonas de crisis política o humanitaria en el planeta. Una especie de ejército permanente de las Naciones Unidas; un ejército de profesionales y voluntarios. Es difícil suponer que los italianos acepten que sus jóvenes vayan a morir por alguna causa de seguridad internacional. Y lo mismo vale para holandeses, mexicanos, franceses, estadounidenses, neozelandeses, etcétera. Pero si tuviéramos aquí un ejército transnacional de afiliación voluntaria a las ordenes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, éste podría ser un paso hacia adelante respecto a la situación actual.

A.A. El nuevo poder político internacional debería encarar temas muy importantes, que han sido ya sea poco tratados o de plano puestos a un lado para no levantar mucho polvo: el problema del petróleo, el del mercado de las armas y la regulación del mercado financiero. ¿De qué manera este poder político, cuyos rasgos principales acabas de esbozar, puede o debería acercarse a afrontar tales problemas?

U.P. El tema energético muestra hace tiempo la necesidad de acuerdos globales de nuevo tipo. Tal vez sería excesivo hablar de una política mundial del petróleo, pero es obvio que el péndulo de precios de las últimas décadas no ha beneficiado a nadie.

El comercio de armas es otro asunto delicado. La relativa facilidad con que se obtienen armas para cuantas causas sagradas hay en el mundo, puede hacer del mundo una especie de Estados Unidos grandote, donde cada quien anda armado y predispuesto a tomarse la justicia por su propia mano. Tenemos un problema que toca estructuras productivas e intereses concretos de varios países. Más allá de la fuga de armas que ha sido monstruosa desde la disolución de la Unión Soviética, los principales productores siguen siendo los mismos.

Qué ingeniería de nuevos acuerdos políticos (nacionales y globales) se requieran en estos y otros terrenos, yo no lo puedo decir. Lo único evidente es que, en nuestro tiempo, la realidad corre más aprisa que nuestra capacidad para entenderla y tratar de regularla. Y eso vale para la izquierda (en déficit de ideas), como para la derecha (en déficit de ideas y de voluntades). En el terreno de la regulación de las finanzas mundiales ya he dicho: estamos enfrentados a la urgencia de reformar profundamente estructuras y pautas de acción de un FMI que se ha vuelto un factor de inseguridad global.

A.A. Frente a la necesidad clara y urgente de un nuevo orden mundial hay también fuertes tendencias a regresar al proteccionismo. ¿De qué manera crees que sería oportuno responder a estas tendencias motivadas incluso por agravios de la política internacional previa?

U.P. Aquí es donde pagamos un precio muy alto por nuestro atraso respecto a los tiempos del mundo. Donde varios jirones de viejas ideologías siguen contaminando el ambiente. El problema no es globalización sí o no, sino ¿qué globalización? Una mayor

circulación de capitales en el mundo es una realidad favorable para todos, cargada hoy de defectos de regulación y de consecuencias no siempre positivas. Pero es evidente que sería autolesionista reducir la fluidez de la circulación de capitales entre distintas partes del mundo: la metáfora del niño y el agua sucia vale aquí con absoluta precisión. El hecho de que hoy mucho más que en el pasado se distribuyan en el mundo, por ejemplo, periódicos o publicaciones procedentes de otras partes del mundo es un hecho de extraordinaria importancia que debe ser conservado y multiplicado; de la misma manera, los contactos culturales entre los pueblos. Tenemos aquí una frontera abierta para poner a prueba nuestra capacidad de construir un mundo mejor. Y frente a esa posibilidad histórica concreta, hay sectores juveniles que parecen encarnar dos almas: de un lado, la denuncia ética en contra de las patologías, para decirlo de alguna manera, de la globalización. La insatisfacción frente a la globalización *realmente existente* mueve temas centrales: la solidaridad internacional, los alimentos transgénicos, los problemas de contaminación, de desempleo, etcétera.

La otra alma, llamémosla radical combatiente, supone que el gran enemigo es la globalización, a secas. Y aquí estamos verdaderamente fuera de los tiempos de la historia. Tenemos una cultura de izquierda que no acepta que el problema de la humanidad en este recodo histórico no es el dar un salto histórico post-capitalista, sino domesticar los espíritus animales del capitalismo, reduciendo al mínimo los daños y maximizando los posibles beneficios. Una izquierda que sigue razonando en términos de «fase suprema», supone la existencia de una alternativa a corto-medio plazo al capitalismo. Lo cual significa no haber entendido nada ni del derrumbe del proyecto comunista en el siglo XX, ni de las renovadas energías del capitalismo en esta fase histórica. Tenemos aquí un componente ético que se encierra en una lógica de testimonio cristiano más que abrirse a nuevas formas de hacer política. Hay aquí una sobrevivencia del espíritu de la guerra fría, un enfrentamiento de muro a muro entre realismo cínico e idealismo utopista.

Del otro lado tenemos a los, llamémoslos, «teólogos de la globalización»: toda una cultura en la que la vitalidad contemporánea del capitalismo es vista como una especie de cornucopia destinada a producir bienestar y democracia. Es obvio que también ésta es una simplificación ideológica, que ya es costosa hoy y podría resultar mucho más en el futuro.

Debemos reticular la globalización con normas y compromisos, sin asfixiar «la gallina de los huevos de oro». Los mercados deben operar y lo más fluidamente posible, porque es de ahí de donde vienen nuevos productos que mejoran nuestra vida, que impulsan nuestra capacidad productiva y mejoran la calidad de la existencia. El mercado es un universo competitivo de experimentación de nuevos productos, nuevas tecnologías, sin el cual perderíamos una parte sustantiva de aquello que consideramos condiciones mínimas para una existencia civilizada. Pero el mercado está lejos de ser una panacea. Si liberalización comercial, privatizaciones y desvinculación del Estado de las tareas del desarrollo fueran clave suficientes, hace tiempo que habríamos superado muchas de las dificultades para las cuales aún no tenemos respuestas en el presente. Por desgracia, no es así. Argentina siguió al pie de la letra las instrucciones del FMI y los resultados están a la vista.

Tenemos así dos frentes: aquellos que creen que los mercados en la era de la globalización puedan tomarse la revancha definitiva sobre la política, mostrando que la política es más un estorbo que un recurso en el desarrollo de los pueblos; y del otro

lado, tenemos, en las franjas radicales de la izquierda, una política convertida en ética de la pureza. Esta polarización estrecha los espacios para el pensamiento, para la experimentación y la búsqueda de mejores equilibrios entre productividad, bienestar y seguridad a escala global.

La globalización no es un invento del imperialismo, es un proceso histórico irreversible que nos propone la tarea de administrarlo para maximizar sus posibilidades positivas controlando sus efectos negativos. Ésta es nuestra frontera cultural y política. El mercado no sustituye la inteligencia política y quien lo crea no entiende el tamaño de los problemas que ya tenemos y los que se nos vienen encima.

A.A. Justo porque la realidad política es ahora más compleja, como señalabas, también se hace difícil identificar de manera clara, precisa, cómo entender en concreto la política misma como un recurso.

U.P. La política es el lugar donde los individuos construyen voluntades colectivas. Y si los problemas del presente no tienen la amabilidad de resolverse o disolverse espontáneamente en las próximas décadas, es obvio que necesitaremos voluntad; distintas formas de voluntad colectiva. Y el único mecanismo para construir voluntades colectivas es la política.

Necesitamos, no obstante, los llamados poderosos de los economistas que convocan a los feligreses al culto de la sabiduría del mercado, más política, no menos política. Y eso no implica necesariamente crear los mastodontes burocráticos que hemos experimentado en el pasado. Necesitamos más política y, al mismo tiempo, propiciar y promover formas políticas novedosas que refuercen tanto las capacidades de control democrático sobre las instituciones como la capacidad propositiva de las sociedades. Y es inútil escondernos que vivimos, si bien en distintas formas según los países, un tiempo de menor participación política, de desapego entre ciudadanos y partidos políticos. Y en ese vacío de participación (que es un vacío de vida social), encuentran mayor espacio los encantos de un positivismo moderno que reduce todo a problemas técnicos que requieren, para su solución, conocimientos especializados: o sea, el retorno con nuevas vestimentas del viejo eslogan: más administración, menos política. Evidentemente, el porfirismo es enfermedad transgeneracional. Defender la democracia en este contexto no es fácil y, sin embargo, es tarea vital. O sea, reforzar con las fuerzas disponibles los espacios donde, para decirlo con Canetti, los ciudadanos no tengan miedo de rozarse físicamente unos a otros.

En nuestro tiempo se enfrentan, simplificando un poco, dos visiones. Una asigna a la política apenas un estatus de acompañante social del mercado. Y en estos tiempos, no debería asombrarnos que esta visión conservadora asuma formas militaristas frente a problemas que no sabe cómo resolver de otro modo. La otra, con perfiles todavía vagos, pretende hacer de la política un espacio de, por lo menos, igual dignidad frente a las fuerzas del mercado que nos arrastran y, a veces, nos atascan. El equilibrio entre Estado y mercado necesita ser modificado a escala global a favor de la construcción de nuevas voluntades (va de nuevo) regionales y de nuevos esquemas globales de vinculación entre desarrollo y subdesarrollo.

A.A. Vuelve a ganar fuerza el ideal impulsado por visiones cosmopolitas, de estilo kantiano, de una organización política supranacional. En sintonía con tal objetivo se

hace necesario reflexionar sobre la idea de civilización, una idea manoseada y problemática. ¿Cómo sugerirías pensar a nivel internacional la reivindicación de una buena política y un orden mundial, eficaz y deseable, pero que represente y promueva una idea de civilización legítima, aceptable desde visiones culturales muy diferentes?

U.P. Otro tema gigantesco que va más allá de mis fuerzas, confieso. Pero, si razonamos en abstracto, el silogismo es inevitable: a un mundo que se globaliza debe corresponder una política que se globalice y, siempre en abstracto, llegamos a la conclusión inexorable: un mundo que se globaliza necesita un Gobierno mundial. Y sin embargo, es suficiente decirlo para entender la distancia abismal que nos separa aún, como especie histórica, de este objetivo. En pocas palabras: un Gobierno mundial es, en este estado de nuestra vida planetaria, un objetivo tan inalcanzable como, realistamente, impensable.

Y de ahí viene mi interés en el tema de la regionalización, que es un punto intermedio entre un pasado (de Estado nacional), que no puede prolongarse mucho más en el tiempo, y un futuro de Gobierno mundial inalcanzable dado nuestro grado de maduración civilizatoria. La regionalización es el punto intermedio históricamente viable y posible, que además está en marcha como muestra a cualquiera la experiencia europea que acaba de inaugurar una moneda común. La regionalización es el momento donde la voluntad de adquirir una mayor capacidad de gobierno sobre los temas globales crea fórmulas superiores al Estado nacional.

El siglo XIX estuvo dominado por Inglaterra y el siglo XX lo fue por Estados Unidos. Pero en el futuro ya no habrá potencias nacionales hegemónicas con vocación universalista. El siglo XXI estará dominado por Asia oriental, Europa occidental y América del Norte. Éstas son las tres grandes figuras, las tres grandes identidades en proceso de construcción en la actualidad. Algunas marchan más lentamente, otras más rápidamente, pero, como quiera que sea, tenemos aquí tres grandes referentes estratégicos que serán los polos de poder (en equilibrio seguramente inestable) en el siglo XXI.

Y la izquierda tiene aquí el que podría ser su terreno decisivo: fortalecer ese camino hacia la regionalización y contribuir al ensanchamiento y enriquecimiento de los espacios de identidad colectiva y plural de las personas. Democracia, bienestar, solidaridad, ya son temas postnacionales. Junto con muchos otros, naturalmente. Se trata, entonces, de construir identidades colectivas más amplias respecto a la experiencia histórica del Estado nacional.

Habrà que encontrar nuevos mecanismos de cooperación entre los tres grandes polos. El unipolarismo, que tanto se ha planteado como futuro inmediato del mundo, me parece que es una de las perspectivas más descabelladas, en el sentido de que ni es viable ni deseable. EE.UU. ya no puede; se han puesto en movimiento fuerzas históricas que han cambiado y siguen cambiando los equilibrios de poder a escala mundial. Entender el mundo de hoy sin entender las razones del renacimiento de Europa occidental y del desarrollo acelerado de Asia oriental, sería imposible. El mundo es distinto desde que esas dos grandes fuerzas regionales se han puesto en movimiento. Éste es el dato que hay que asumir para derivar de ahí observaciones sobre algún futuro deseable y posible.